DOÑA FRANCISCA LA CAUTIVA.



Nueva y Curiosa Relacion,

en que se refiere un portentoso milagro que ha obrado la Vírgen Sma. del Cármen con una Señora viuda devota suya que navegaba para Roma con tres hijos pequeños, á los que cautivaron los turcos, y como los libertó milagrosamente.

PRIMERA PARTE.

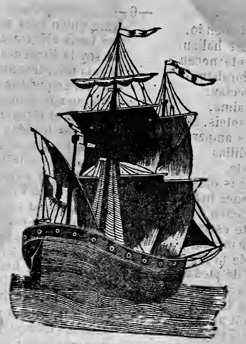
Oh gran Reina de los Cielos,
Madre de Dios soberana,
refugio de pecadores,
amparo de nuestras almas,
dadme tu gracia Señora
para escribir en esta plana
la historia mas lastimosa
que se ha escrito, ni se canta:

atencion noble auditorio,
que ya voy á declararla.
De Nápoles para Roma
salio una nave mercante
con una noble señora
de sangre calificada;
lleva tres hijos consigo,
ángeles en forma humana;
el uno es de cinco años,
el otro á tres no llegaba;
y el otro es de cuatro meses,
que á sus pechos lo criaba;
y en medio de la marina
los turcos los cautivaron.
Desembárcanlos en tierra,
y á los tres niños compraba,
con la madre un renegado
para el servicio de casa;
y al fin, le sirvió seis meses,
con paciencia muy sobrada,
pero al cabo de este tiempo,
un dia el perro la llama,
diciendo; doña Francisca,
sabrás que tu amor me mata,
y he de gozar tu hermosura;
¿qué me respondes? acaba;
reniega de Dios, reniega
y serás muy estimada,
la señora mas querida
que en toda esta tierra haya.
Doña Francisca responde,
resuelta y determinada:
tu esclava soy gran Señor,
la tu voluntad se haga,
renegar de Dios no quiero
que Mahoma es un canalla,
que metido en los infiernos
tiene millones de almas:
y yo creo en Jesucristo,
y en su Madre Soberana,
y en el Divino misterio
de la Trinidad Sagrada
un Dios solo y tres personas
que así la iglesia lo manda;
no mas de una vida tengo;
y la doy de buena gana,
solo por no quebrantar
lo que la iglesia me manda.
Y el renegado soberbio
á sus criados les manda
que á una mazmorra la lleven,
y que allí la aprisionaran.
Obedecen al mandato,
y á doña Francisca agarran,
dándola crueles golpes
en la mazmorra la entraban,
con el niño mas pequeño
que á diez meses no llegaba
le echaron á su cintura
una cadena pesada,
en cada pié un grillete,
y una argolla á la garganta;
dabanla por alimento
seis onzas de pan tasadas,
y cuando le parecia,
el infame perro baja,
y con un grueso cordel
cruelmente le azotaba:
y despues al angelito
sus ropas le desnudaba,
y con unas disciplinas
soberbio le descargaba,
hasta que la sangre brota
por sus venas delicadas,
Aquí fueron los lamentos
del niño y su madre amada,
del gran dolor que recibe,
cayó en tierra desmayada:
y despues que volvió en sí
en trierno llanto anegada,

se abrazaba con su hijo,
y al pecho se lo arrimaba.
De allí se fué el renegado
lleno de furor y zaña,
solo de ver que no puede
lograr lo que deseaba.
Mas no desiste: á otro dia
vuelta á la mazmorra daba
adonde está la cautiva,
con alhagüeñas palabras
le predica de Mahoma
mil enbustes y patrañas
diciéndola. Si reniegas
yo te daré muchas galas,
y costosísimas joyas
para que estés adornada.
Doña Francisca prudente
de aquesta suerte le hablaba:
esas joyas gran señor,
usted bien puede guardarlas
que eso es un poco de tierra
polvo que no vale nada,
que quien el alma me dió
no le costó tan barata.
Mas viendo los menos precios
que le hacia la cristiana,
soberbio se desespera
de coraje pateaba.
De la mazmorra se sale,
y á los dos niños agarra,
asidos de los cabellos
les arrastró por la casa,
y á la mazmorra los lleva,
adonde su madre estaba,
los despoja de sus ropas,
y de prisiones los carga.
Tomó una vara con furia
y á los niños apaleaba,
y juntamente á la madre
le decia estas palabras:
Dime cristiana enemiga,
si la ley de Dios dejáras
muy mucho mejor te fuera,
y la vida reserváras
tambien la de tus tres hijos
que en gran peligro se hallan.
Pero viendo los tormentos
que el bárbaro ejecutaba
en sus tres queridos hijos,
á renegar la obligaba.
Renegó de cumplimiento,
solo por que se aquietara
la furía de aquel cruel,
que con rigor castigaba
aquellos tres inocentes
sin haberle dado causa.
Doña Francisca le dijo:
desata señor desata
á mis hijos de prisiones,
que ya me humillo á tus plantas.
Reniego de Jesucristo
tambien de la Vírgen Santa
y del divino misterio
de la Trinidad Sagrada.
Pero nuestro Dios piadoso
no quiso que aquesta alma
se perdiese, y dió licencia
al niño que el pecho daba
para que á su madre avise
del peligro en que se halla,
y entonces el angelito
pronunció aquestas palabras:
madre, ¿qué es eso que dices?
Mira bien lo que tu hablas,
que aunque es de cumplimiento
mucho le daña á tu alma,
que para morir por Dios
no se ha de tapar la cara:
vivan los Santos misterios
de nuestra Iglesia Romana.

que mis hermanos y yo
moriremos de buena gana
solo por que nos defiendas
con la vida y con el alma.
Absorta quedó la madre,
y de rodillas postrada
pidiendo misericordia
al cielo los ojos alza,
al renegado que ha oido
El niño aquestas palabras,
en vez de compadecerse
mas aquel perro se enzaña,
y cogiendo al inocente
contra una pared le daba
hasta que de su cabeza
los sesos se le saltaban.
Murió el inocente niño,
y volviendo á la cristiana
con una gruesa cadena
tan recios golpes le daba,
que ya por los ojos brota
la púrpura en vez de agua,
y con soberbia le dice:
dimo. ¿qué tienes cristiana?
Ves aquí á tu hijo muesto
¿es eso lo que te falta?
Yo lo freire en aceite,
y lo comerás mañana.
De la mazmorra se sale,
á sus mayordomos llama,
diciéndole: ¿que os parece
que se haga con la cristiana?
Mi intento es darla la muerte
antes hoy que mañana.
Todos á una vos dijeron:
es justo de que se haga.
Dijo el renegado entonces:
pues idear nueva traza;
¿qué castigo se ha de dar
á esta homicida cristiana?
Dejemos en este estado
aquesta primera plana,
y Pedro de Fuentes pide
perdon de sus muchas faltas,
que en otra segunda parte
les dirá lo que aqui falta.





SEGUNDA PARTE.

En que se dá fin á los sucesos y trabajos que padecio doña Francisca la cautiva.

Sagrada Virgen María,
hija de Joaquin y Ana,
hoy señora necesito
que me ayudes con tu gracia
porque mi turbada pluma
dé finiquito á esta plana.
Ya dije como quedó
en consulta esta canalla,
pero todos convinieron
de que muriese quemada.
Mandó el renegado al punto
que en medio de la real plaza
encendiesen una hoguera
con presteza y vigilancia;
lo que en breve ejecutaron
pues que su amo lo manda.
Dejemos en su alboroto
á estos bárbaros piratas,
y vamos á la cautiva,
que entre prisiones estaba:
mirando á sus hijos dice:
¡Ay hijos de mis entrañas,
sino os hubiera parido
mi pena no fuera tanta!
Y á vos Aurora impecable
María llena de gracia,

estos hijos os encomiendo,
que ya sin madre se hallan.
Los infantes se enternecen
y amargamente lloraban,
y á su madre la decian:
Madre mia de mi alma,
que no os desconsoleis, señora,
que la Vírgen nos ampara.
Y postrada de rodillas
en oracion elevada,
haciendo mares sus ojos
las fuertes prisiones baña,
y acabando la oracion
de aquesta suerte esclamaba:
A vos celestial princesa,
que sois la luz de la gracia,
fuente hermosa de piedades,
que misericordia manas,
intercede que tu Hijo
se adolezca de mi alma,
y que perdone mis culpas
que conozco que son tantas,
que las arenas del mar
no llegan á numerarlas,
pero tu misericordia
jamás á nadie le falta.
Y dichas estas razones,
la mazmorra se llenaba
de un resplandor celestial,
y á los niños se arrimaba,
quebrantando las prisiones
sueltos los dos se quedaban,
y hacia su madre se arriman,
y con alhagüeñas palabras
la decian: madre mia,
¿conóces á quién te habla?
Quedó la cristiana entonces
del caso maravillada,
y postrada de rodillas,
así ha dicho en voces altas:
dime quién eres señor
que tanta alegria causas?
Yo soy la Vírgen del Cármen,
devota mia, levanta,
que vengo por tus tres hijos,
para cuando á Roma vayas:
vés aquí el infante bueno,
todas sus heridas sanas,
En los brazos se lo pone,
y el pecho se destapa:
y dándole el alimento,
de puro gozo lloraba.
Mirábale á su cabeza,
y viendo que estaba sana
se admiró del gran prodigio,
y con alegría estraña,
á la Reina de los cielos
de aquesta suerte la habla:
¿de dónde á mí tanto bien
siendo yo tu indigna esclava?
¿Cuándo merecí, señora,
que esta visita se me haga?
Y la respondió la Vírgen
aquestas dulces palabras.
Hija, tu gran devocion,
hizo que mi amor bajará,
desde el cielo hasta la tierra,
que amor con amor se paga.
Has de saber que este hombre,
que tanto á ti te maltrata,
era muy devoto mio,
y no quiero que su alma
se pierda y de su rescate
tú sola has de ser la causa.
Con esto se despidieron
con amorosas palabras.
muy alegres los infantes
con su madre se abrazaba,
quédate en paz, y no temas,
el castigo que te aguarda,

que has de salir con victoria,
libre, sín dolencia y sana;
despues predica la Fé
de nuestra Iglesia Romana.
Remontóse, y tomó buelo
aquella preciosa Garza,
la mas cándida azucena,
llevándose en su compaña
los tres hermosos infantes,
y dejando á la cristiana
fortalecida, de suerte
que ya no le teme á nada:
solo desea el morir
por defender la ley santa.
Previniendo ya el martirio,
el vil renegado baja,
y como la vido sola,
con descompuestas palabras
dice: A dónde están tus hijos?
Dónde se han ido, malvada?
Infame, no me respondes?
Pero la noble cristiana,
le dió relacion de todo,
diciendole lo que pasa.
Señor, la Vírgen del Carmen
se los llevó en su compaña,
y al niño que usted mató,
de nuevo vida le ha dado.
Al oir estas razones
se enciende en cólera y saña
y alzando cruel la mano,
la pegó tal bofetada,
que la derrivó en el suelo
sin sentido y desmayada;
y despues que volvió en si,
afligida se levanta,
diciéndole gran señor,
dime por qué me maltratas?
no preguntas por mis hijos,
y te he dicho lo que pasa!
Segunda vez le repite,
diciendo: Calla malvada,
que pues no has hecho caso,
de mí serás castigada.
De la mazmorra se sale,
y á recias voces gritaba:
Acudid, criados mios,
pues ya teneis puerta franca
esto no tiene remedio:
sacadla ya de mi casa
porque es cosa que me irrita
muger tan desesperada,
pues que no teme la muerte,
ea, al castigo llevadla.
Al oir estas razones,
á la mazmorra bajaban
como unos leones fieros
sus ropas la desnudeban;
y dándola recios golpes
á la verguenza la sacan,
pero ella mas encendida,
la santa ley predicaba
de mi señor Jesucristo
Redentor de nuestras almas.
Llegaron al sitio donde
el incendio la aguardaba,
y crueles la arrojaron
entre las veroses llamas.
Apenas hubo caido,
el fuego activo se apaga,
perdió sus flamantes luces,
sin que al pelo la agraviara.
Mas viendo que queda viva,
aquel alevoso manda
que de la trenza del pelo
de una reja la colgáran;
al instante lo ejecutan
llenos de furor y saña.
De una reja la colgaron
y en ella se la dejaban,

adonde estuvo tres dias
publicando en voces altas
de Dios sus sacros Misterios:
y de la Iglesia Romana.
Mas viendo que no moria,
anda ideando mil trazas,
por donde poder quitar
la vida á aquesta cristiana.
Mandó trajesen dos potros,
y à sus colas la amarraran,
y por las calles la saquen
hasta que pedazos la hagan,
y por si acaso no muere
que la maten á pedradas.
Obedecen al mandato
aunque de muy mala gana,
que ya algunos de los turcos
solo de oirla lloraban.
En fin trajeron dos potros
y por las calles la sacan;
los animales feroces
humildes se arrodillaban,
y entre tan grande tumulto
todos á tirar la amagan:
mas cuando á tirarla iban,
inmóviles se quedaban,
y entre tanta confusion,
volvieron á la cristiana
á caso del renegado,
diciéndole lo que pasa.
El renegado se admira,
un golpe al corazon daba,
y conociendo sus yerros
arrepentido lloraba,
diciendo: Divina Aurora,
del Cármen Vírgen Sagrada,
si de aquí salgo con bien
yo te empeño mi palabra
de hacer vida penitente
en una áspera montaña.
Y una noche de secreto
en una nave se embarcan
los dos con cuarenta turcos
que á voces piden el agua
del bautismo, porque quieren
morir en la ley de gracia:
y ochenta y ocho cristianos
trajeron de retaguardia.
Les fué el tiempo tan feliz,
que en breve tiempo llegaron
á la gran ciudad de Roma
á que los absuelva el Papa.
Los turcos se bautizaron
rindiéndole á Dios mil gracias.
Don Juan de Alonso se fué
á cumplir la palabra
que dió á la Vírgen del Cármen
nuestra Madre y abogada,
y despues doña Francisca
se fué á casa de su hermana
y en ella ayó los tres hijos
prendas queridas del alma.
Ya dieron fin los pesares
ya las tristezas se acaban,
ya todos se regocijan
por maravillas tan altas.
A la Vírgen del Carmelo
démosla infinitas gracias.
Y ahora Pedro de Fuentes
que es el autor de esta plana,
al auditorio suplica
perdonen sus muchas faltas.

FIN.

CARMONA:—1856 Imp. de D. J. M. Moreno.